

del libro cuando Camilo cuidaba las pequeñas avutardas, no menos que en el patético final de Antolín, y aun en numerosos pasajes intermedios.

Acertadas relaciones con situaciones políticas nacionales permiten ambientar la novela en un contexto histórico contemporáneo.

En fin, una novela humanísima, fuerte, trabajada con técnica a la vez que con ternura.

Se comprende que un jurado exigente haya decidido premiarla.

Y resultan válidas las palabras con que la caracterizó un conocido crítico: "La novela tiene violencia, autenticidad y lenguaje. Interioridad y exterioridad. Riqueza y variedad estructural para revelarnos un Chile desconocido: La Trapananda; un lugar de des-tierra".

HUGO MONTES

<https://doi.org/10.29393/At449-25HFCI10025>

HISTORIA DE LA FILOSOFIA

José Miguel Ibáñez Langlois

Editorial Andrés Bello, 1984.

"Laberintos, retruécanos, emblemas / helada y laboriosa nadería / fue para este jesuita la poesía / reducida por él a estratagemas", dice Borges en un poema destinado a ser retrato de Gracián, el conceptista que tradujo y admiró Schopenhauer y que La Rochefoucauld glosa a menudo en su francés epigramático. Podrán citarse otros poemas, dedicados a Swedenborg, a R. W. Emerson, a Heráclito, a Spinoza; aun a un rey vikingo o a unas llaves oxidadas; cualquiera de ellos enseña cómo el estro poético de Borges es de linaje intelectual (no místico, "telúrico", lírico, épico o cualquier otra de las posibilidades de la poesía...); hasta incluso diría que racional, si este adjetivo no pudiera sonar contradictorio aplicado al arte de los versos. Hago esa cita porque la característica intelectual que la distingue es lo que ha permitido que algunos críticos le regateen a su autor su calidad de poeta. Justamente quien sostiene tal tesis en algunos artículos es Ibáñez Langlois, poeta y crítico autor de una *Historia de la Filosofía*, en verso, del todo intelectual y racional. Y tan plenamente poética, en sus mejores momentos, como la poesía de Borges. En realidad, si bien lo pensamos, ¿por qué habría de ser menos poesía la que nos presenta relaciones entre un hombre y un libro o una idea o un sistema filosófico, que la que nos presenta relaciones entre un hombre y un paisaje o una mujer?

La poesía de Ibáñez Langlois, en este libro, es paradójicamente tributaria de Borges en el sentido señalado, y a la vez, como es obvio y consabido, de Parra, de Pound y hasta diría que en cierta forma de Cardenal y los "beatnik". No es extraño, naturalmente, y podemos recordar lo que dice Wölfflin de los pintores: "Cada cuadro procede más de otros pintados antes, que de la realidad que representan". También los escritores proceden de escritores y cada uno es, así, una particular combinación de elementos

recibidos, pudiendo llegar a estimarse su valor por la delicadeza y originalidad de la química que han operado.

La que opera Ibáñez en este libro es compleja y su análisis minucioso sería perfectamente capaz de exceder los límites de un ensayo largo; pero algunos de sus rasgos esenciales admiten la brevedad de un artículo. Tal vez lo que primeramente atraiga en esta obra sea su osadía. Pretender que una multitud de poemas cortos llenos de antipoéticas expresiones coloquiales recoja el pensar más elevado de las mentes más poderosas que han dejado sello en la memoria de la especie y llamar a esa multitud, simplemente, *Historia de la Filosofía*, requiere de confianza extrema no sólo en las posibilidades de la poesía, sino en las propias aptitudes poéticas y filosóficas y, todavía más, en el propio conocimiento y dominio de dicha historia. Vamos por partes.

Huelga decir que cada gran obra poética lleva un pensamiento implícito, no filosófico, en propiedad, pero sí de ese carácter; en Neruda, en Whitman, en Dante, en Rilke..., hallamos junto a la belleza de los versos, transfixiándolos, el pensamiento de su autor sobre el mundo y el hombre y sobre las relaciones entre ambos. Un libro como el de Ibáñez supone más que eso: supone la presentación no ya del propio pensamiento, sino del de otros. No digo que no haya acá pensamiento propio; quiero decir que lo primero es el pensamiento ajeno. Se trata de versos cuyo fin es mostrar lo pensado por los filósofos. El pensamiento de Ibáñez viene a ser un pensamiento sobre el pensamiento ajeno; ya veremos como es, además, y por lo general, un pensamiento crítico.

Es creencia común que la poesía —como la música— es lo bastante dúctil, fecunda y casi mágica como para permitir la expresión de todo lo pensable y lo sensible, incluido lo inefable; se trata de una creencia singularmente afianzada en los poetas mismos. La poesía da cuenta de lo más sutil, ambiguo, refinado; reproduce y recrea del espíritu y del mundo los más delicados matices y revela desde verdades imperceptibles hasta cadenas cordilleranas de verdad —todo ello, se manifiesta a través del poeta adecuado, por cierto; es decir, a través de un gran poeta—.

En esta perspectiva, no debiera asombrarnos el intento de transmitir en poemas el pensamiento de un filósofo, desde que el poeta sabe a la poesía capaz de lograrlo. Cuando Borges dice de Spinoza que “Libre de la metáfora y el mito / Labra un arduo cristal: el infinito / Mapa de Aquel que es todas Sus estrellas”, nos da esenciado en tres versos (es el terceto final de un soneto) el sistema completo del panteísta judío pulidor de lentes, porque tres versos —y un verso— pueden concentrar, con belleza, una verdad que la pobre prosa se vería obligada a desarrollar en páginas.

Pero donde podría comenzar lo asombroso, u osado, es donde el intento consiste en transmitir en poemas el pensamiento de *todos* los filósofos. Tal cosa demanda conocerlos en profundidad uno por uno, al menos los más relevantes; extractar de sus obras las grandes líneas y, por último, convertirlas en versos que sean poesía. Poesía de veras; es decir, más o menos, que logre transubstanciar las palabras de su calidad originaria de instrumentos a la calidad artística de realidades estéticas. En suma, este libro se ve obligado, como cualquier historia de la filosofía que sea tal, a la verdad histórica; no puede presentar como de Spinoza lo que no sea el pensamiento de Spinoza; y se ve obligado, como cualquier libro de poesía, a la verdad estética: no puede presentar el pensamiento de Spinoza al modo en que lo haría y ha hecho tanto académico a la par

preciso y pesado, sino al modo de Borges. O sea, debe obtener de las palabras, conjuntamente, la lealtad a la historia y la exaltación a la belleza.

La filosofía no está obligada, en el manejo de las palabras, a alcanzar la belleza; si no que lo diga la horrenda prosa de Kant o de Hegel. La poesía, por su parte, no está obligada a la verdad histórica; si no que lo digan los poetas épicos, de Homero a Ercilla, de Virgilio a Tasso o Chateaubriand, que tergiversan y manipulan guerras, batallas y escaramuzas para conseguir sus efectos. Creo que Ibáñez, en cambio, estaba obligado en ese doble sentido. Tenía a su favor su demostrada calidad poética, que vuelve a demostrar. La química operada por él, como decía, con elementos de origen reconocible en muchos casos, es una química intensamente personal; en ella se aprecia una mezcla de ironía, ingenio y completa soltura en el uso del idioma con destellos de alta especulación y una permanente música, mezcla ésta que respalda la seguridad con que el autor procede a recrear el pensamiento ajeno. Esa autorizada seguridad deriva de que Ibáñez, en otras palabras, está en posesión de los mecanismos que permiten a la poesía, en tres o en un verso, transmitir una sólida verdad y con belleza. Un ejemplo cualquiera: "Tal vez la filosofía nació en oriente / se trata de una costumbre traidicional / casi todo lo que existe nació en oriente / pero tiende a occidente con una velocidad / que deja atrás al sol en su carrera / lo que queda en oriente se transmuta / en dioses y relámpagos y polvo".

Es al dominio de esos "mecanismos" que debían sumarse aptitudes filosóficas y conocimientos de historia de la filosofía. Las aptitudes filosóficas de Ibáñez habían sido vistas en anteriores libros suyos (*Marxismo, visión crítica, La creación poética...*), que a la vez evidenciaban su conocimiento profundo de algunos filósofos de la historia. Para completar el conocimiento de los restantes, así como de ciertos períodos en los cuales no tiene por qué ser especialista, el autor pudo, legítimamente, apoyarse en reputados historiadores tales como Fraile, Copleston, González Alvarez, Gilson, Sciacca y hasta en Julián Marías —sin contar los textos de los propios filósofos—. Armado con esta varia panoplia de aptitudes y conocimientos poéticos y filosóficos la osadía de Ibáñez deja de parecer temeraria y si, como digo, lo que tal vez primeramente seduce en el libro es su osadía, tal vez lo que seduzca a continuación sea su resultado airoso. Tras un ejemplo de lo que me parece corresponder a los buenos momentos poéticos del libro, uno de buena "historia de la filosofía"; el pensamiento de Santo Tomás: "La superioridad filosófica de Santo Tomás / proviene de su estado de inocencia frente a los problemas / de la forma ligeramente ojival de su raciocinio / del carácter andariego de su orden mendicante / de su terrible mala memoria en materia de fechas / de sus ojos de búho para ver en la oscuridad / de la idea aristotélica de acto y potencia / de ser él mismo las paces que hacen Platón y Aristóteles / la reconciliación después de diecisiete fragorosos siglos / de ser él mismo las paces entre Aristóteles y la Biblia / que nunca estuvieron peleados pero en él se abrazan / de su infancia feliz en los bosques de Rocaseca / de su timidez manifiesta en materia de relaciones sociales / de su pensar andando peripatético por los claustros / de la abundancia de santos por km² en su época / de su horror al vacío igual que la naturaleza / de su coeficiente intelectual multiplicado por el número de horas / que pasó ante el Santísimo".

Pudiendo citar versos destinados a San Agustín, a Aristóteles, a los presocráticos, tan válidos poéticamente y filosóficamente como éstos, cito versos destinados al Aquinato no

tanto porque iluminen aspectos esenciales del tomismo cuanto porque el pensamiento de Ibáñez sobre el pensamiento ajeno es un pensamiento *tomista*. Los capítulos más comprensivos y clarificadores de la obra son aquellos que versan sobre filósofos aristotélico-tomistas —o bien algunos anteriores al cristianismo (Platón, digamos), o bien católicos (San Agustín, por ejemplo).

El resto de la filosofía es víctima, por así decir, de un trato permanentemente crítico, del que no se ausentan la poesía ni los conocimientos, pero que a veces se recarga de ironía y aun de sarcasmo. Tal cosa no es determinante para el valor literario de la obra y varios escritores de primera línea —Carlyle, Bloy, Nietzsche, Papini— tienen llenas sus mejores páginas de burla y sarcasmo; pero quien sabe si resulte algo determinante para la comprensión de los filósofos sometidos al sarcasmo; éste a veces alumbra, a veces oscurece. En los versos destinados a Marx y su secuela resultan extraordinariamente eficaces, por ejemplo. Pero he aquí un caso de oscurecimiento: "Vamos vamos / si no hay Dios si la muerte lo acaba todo / déjense ya de leyes y de silogismos / y de doncellas cósmicas y de hacer la historia / déjense ya de historias sólo pedimos / doncellas de las otras y comamos / y bebamos que mañana moriremos / Epicuro es el hombre y se acabó".

En la *Filosofía Helenística*, del ecuánime polígrafo y vertiginosamente erudito Alfonso Reyes, se lee: "A diferencia de la Academia y del Liceo, el Jardín (de Epicuro) vive pobemente, se sostiene con donativos modestos. Los más acomodados dan de comer a los más humildes. Allí nunca se conoció lo que hoy llamamos vida epicúrea. El Maestro era hombre intachable, frugalísimo, dulce y paciente. Su alimento parecía el de un pájaro. Su vino era lúcido y nunca degeneró en culto orgiástico como entre los poetas medievales de Persia. Conllevó con resignación ejemplar la larga parálisis que causó su muerte. Ha sido muy denostado, más que por su moderada doctrina del placer, por su aparente ausencia de religiosidad. Los estoicos, siempre más conciliadores para cínicos y peripatéticos, lo aborrecían al punto de calumniarlo". Reproduzco el largo párrafo por la autoridad del que lo escribió y porque representa un parecer lo bastante común entre especialistas como para sospecharlo verosímil. Se sabe que el pensamiento de Epicuro es superficial e incapaz de parangonarse con el de otros filósofos ni de su propia época siquiera, que fue modesta. Pero de ahí a re-acusarlo de una disipación muy probablemente inexistente, hay distancia. Cuando habla de Schopenhauer, del áspero y sin embargo sensibilísimo, doliente y agudo Schopenhauer, Ibáñez dice: "Y qué culpa tiene el mundo filosófico / de que a Schopenhauer no lo haya querido su sra. madre / de que incluso lo haya rechazado desde la cuna...". —¿Y qué culpa tuvo Schopenhauer, pregunto yo?— "En verdad es una cosa terrible tener que buscar / por madre al propio Immanuel Kant...".

El poema sigue así, con cierto ingenio y no sin cierta verdad, pero creo que también no sin cierta crueldad. Un caso más:

"En la batalla de Lepanto según Spinoza / Dios bajo la forma de diez mil cristianos / pasó a Dios por las armas / bajo la forma de diez mil moros divinos..." El lector goza con esto porque en cierta forma el autor está riéndose de Spinoza; no sé si ese lector, además comprenderá a Spinoza. Borges, que no peca de panteísta, se acerca a igual tema con algo que podríamos llamar amor —el que se percibe cuando habla de Gracián— y ahí debe estar la causa de que su soneto logre adentrarse más en la materia. Según el Aquinate,

amar es querer el bien de otro, y para qué decir que ese amor puede ser crítico. Querer el bien de otro puede significar tener que darle de bofetadas en cierto momento; sólo darle bofetadas, ya no es amor. Y el libro de Ibáñez atenúa sus numerosos méritos cuando el enfoque crítico no deja sitio al amor: son parte del errado Schopenhauer su prosa deslumbrante, la sutileza de sus análisis estéticos, sus ansias desesperadas por disminuir el dolor de la existencia humana; Ibáñez sólo recuerda sus vacíos. Como si no quisiera su bien, que sería el de su comprensión íntegra.

En fin, el placer a ratos epicúreo que producen muchos poemas de este libro se interrumpe cuando sarcasmos, no indignos de alguna ira feroz de Schopenhauer, empañan la visión completa de filósofos perfectamente respetables. Por eso esta historia en verso, que deberá hacer historia en nuestras letras, deja una impresión ambivalente (casi escribo ambi-Valente); ingenio, humor (ese que de repente se echa de menos en la prosa de Ibáñez), gran vuelo poético y especulativo, gracia por una parte; y por otra, un tono sarcástico, más próximo a la polémica —decir panfleto sería una exageración— que a la poesía o a la historia; un vago desdén por los esfuerzos admirables, aunque fuesen descaminados, de algunos seres humanos que no pudieron no escoger el pensamiento como profesión.

CARLOS ITURRA

RELACION DE CHILE

De Jorge Jobet

Editorial Nascimento, 1983

Cuando las estructuras simples de una obra logran sacar a luz aquellos elementos surtos entre brumosos procesos y nos los presentan penetrables, al alcance de nuestra condición, como si estuviesen a punto y solubles para beberlos y asir la belleza que portan para nuestra alegría y felicidad, no podemos dudar que estamos frente a una obra que atrae, que nos cambia nuestro estado de ánimo y nos arrastra al ritmo de su seducción.

En realidad son muchas las constantes de valor y significación que se observan en la poesía de Jorge Jobet. Ello ha sido evidente desde la publicación de *El Descubridor Maravillado*, su libro de juventud pero ya pleno de resonancias generosas. ¿Y qué es sino razón de su tiempo lo que nos comunica en la *Naturaleza del Ser*? ¿Y *Mis Provincias* no nos llevan, igualmente, hacia la humilde y sabia penetración del alrededor, del sentimiento vernáculo por entre las venas de quien las desoculta? Por otro lado también confirman los remezones que lo commueven y que vienen de su lucha por tentar lo que tiene al alcance de la mano junto a una realidad más profunda de las cosas, obras como *Introducción al Sentimiento*, *Los Granos y las Hojas*, el *Principio del Fin y Contacto en Norteamérica*. Tampoco escapan a estas apreciaciones los arquitecturales *Sonetos de Afecto y Sentimiento*, aquel vínculo con las formas primigenias de *Necesidad del Paraíso*, esa integridad inexorable con la realidad que es conjunto y cosa vista que se manifiesta en los dos volúmenes de *Así Pasan los Años* y en *La Bala y el Lirio*.